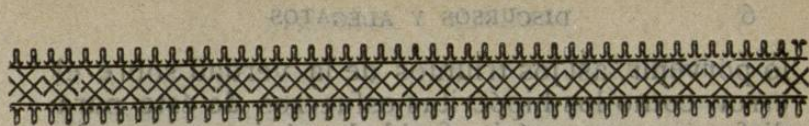


Discurso
Pronunciado en el Seminario Conciliar
de México, al inaugurar la cátedra de Elocuencia
el día 12 de Febrero de 1825.



discursar su congrua lealdad y abrirse menos de
fácil camino entre los celajes de esa eterna enamo-
rada de toda la bella, que se llama la conciencia
humana.
De que habla seruido, en efecto, señores, toda
la sabiduría que atesoró en la antigüedad el genio
del hombre, si el vehículo de la palabra oral, es
corta, si ese puente de oro, fúcido y pruridísimo,
que á las veces no es sino de toaca y deleznable
arcilla, no se hubiera encargado de llevar por to-
das partes, de dilucidar por donde quiera que ha-
biera ojos para ver y oídos para escuchar, las inme-
nsas victorias del entendimiento humano, las inme-
nsas

SEÑORES:
El grande y loable empeño de vuestro meritis-
simo Rector, Ministro ejemplar de la Iglesia á la parte
que una de las glorias más puras y legítimas de
las letras nacionales, para que este Seminario de
cuyas aulas salieran antaño tantos varones insig-
nificantes en las ciencias sagradas y profanas, alcance
cada día nuevos y más incontestables títulos al re-
conocimiento público y asegure á nuestra patria
futuras generaciones de sacerdotes ilustrados y
dignos de las excelsas verdades que sus labios han
de enseñar y defender ante el mundo, es la causa,
debo decirlo en gloria suya y en descargo mío, de
que por lamentable equivocación en la elección
de persona, sea yo quien hoy inaugure uno de los
más importantes cursos de vuestros estudios, ver-
dadero remate y coronamiento de todos los otros,
que á la manera de afluentes forman el inmenso
océano de la elocuencia, á cuyas formas y colores,
fijados para siempre por cánones que no son otra
cosa sino la esencia misma de la filosofía de nues-
tro espíritu, débense y han de deberse siempre en

lo porvenir, así los triunfos de la verdad sobre el error, como los hipócritas esfuerzos de éste para disfrazar su congénita fealdad y abrirse menos difícil camino entre los celajes de esa eterna enamorada de todo lo bello, que se llama la conciencia humana.

¿De qué habría servido, en efecto, señores, toda la sabiduría que atesoró en la antigüedad el genio del hombre, si el vehículo de la palabra oral ó escrita, si ese puente de oro lúcido y bruñidísimo, que á las veces no es sino de tosca y deleznable arcilla, no se hubiera encargado de llevar por todas partes, de difundir por donde quiera que hubiera ojos para ver y oídos para escuchar, las mil victorias del entendimiento humano, las innúmeras manifestaciones de sus divinos destellos, las máximas, sobre todo, de una moral hasta entonces rechazada por el mundo y aun la heroicidad del sacrificio, nada simpática á la molición del egoísmo y de todas las más bajas pasiones? El aislamiento ó por mejor decir, el silencio de la sabiduría y de la virtud habría matado de seguro á la una y á la otra, ó circunscribiéndolas á espacio limitadísimo, las habría impedido producir esa larga é incesante sucesión de sabios que esplenden en la historia, en cuyas páginas no admiraríamos el sinnúmero de prosélitos y aun de mártires que, habiendo tomado, resueltos y sonrientes, la cruz pesada de todos los sacrificios sobre sus hombros y selládolas hasta con la sangre de sus venas, han afirmado y acreditado en la conciencia de la humanidad profundas y arraigadas convicciones, ya del orden moral, ya del intelectual, ora principalmente del religioso.

Porque es lo propio, señores, de la elocuencia, á semejanza del rey de los astros en nuestro univer-

so, no sólo encender la luz en el entendimiento, sino también producir calor, vida y fecundidad en el corazón.

Nuestro espíritu se compone de ideas y sentimientos; y si por las primeras concebimos claramente los elementos de todos nuestros juicios, por los segundos les imprimimos el impulso de la voluntad, que es esencialmente activa, cobran vida las concepciones frías é inertes de nuestra razón y así logramos externarnos fuera de nuestro yo pensante, poniéndonos en comunicación directa con nuestros semejantes y con los diversos hechos ú objetos del mundo exterior. Son los sentimientos á las ideas lo que el calor al organismo; lo que el movimiento á los cuerpos. Sin las ideas nos moveríamos desatentadamente en la eterna noche de nuestro ser, girando á impulsos de fuerzas ciegas y fatales; pero también sin los sentimientos, serían inútiles los esfuerzos de nuestra razón, no irradiando sus destellos sino cual lámpara funeraria sobre una alma petrificada en su egoísmo, impotente para enderezar sus actos hacia cualquier ideal.

Ahora bien, señores, la elocuencia realiza á maravilla esa fusión de las dos grandes fuerzas de nuestro espíritu, porque ella subyuga por mágico sistema la voluntad al pensamiento, que desde entonces ya no brilla solamente en el cerebro del sabio, sino que se difunde á su alrededor, se extiende por todas partes, comunica su fuego á las almas más ateridas en el frío de la indiferencia y hace conspirar hacia su triunfo todos los impulsos generosos de nuestro espíritu. *Fulgor quidem mentis assensum sapiens*, como decía con toda propiedad la poesía latina.

No hay, pues, que extrañar que á arte tan pro-

digioso y tan fecundo hayan correspondido los resultados más maravillosos en la carrera de los siglos, al grado de que puede asegurarse que las grandes etapas de la historia, esas radicales transformaciones que como piedras miliáres dividen el inmenso campo recorrido sin cesar por la evolución humana, más se deben á los esfuerzos de la elocuencia, á sus potentes explosiones y fulminantes rayos, que á la espada de los conquistadores cuyas legiones, cuando no vencidas por ella, sólo han sido los dóciles secuaces de la palabra mágica, del verbo inspirado que lanzara al aire cualquier oscuro tribuno, en cuyo pecho había podido prepararse y encenderse esa abrasadora fragua de las nobles aspiraciones, de las ansiosas esperanzas y de los incontenibles anhelos de los pueblos.

La antigüedad pagana y la monoteísta son tan ricas y abundantes en demostraciones de esta verdad, que el número de citas, desde los libros proféticos hasta los cantos sibilinos que tienen de crepusculares colores el atardecer de la sabiduría clásica, abrumba cualquier entendimiento, fatiga la más diligente investigación y coloca sobre toda evidencia esa virtud cuasi omnipotente de la palabra, á cuyos inmortales destinos no debía faltar ni la consagración misma del Hombre-Dios, en el último, en el solemne y grandioso día, en que, reunido con sus amados discípulos en Jerusalem, tras de anunciarles la próxima llegada sobre su espíritu de la Sabiduría Increada y antes de ascender á los cielos, les dirigió aquellas memorables palabras de que son testimonio vivo y admirable cumplimiento diez y nueve centurias de predicación cristiana: *Id y enseñad por todo el mundo todo cuanto os he enseñado.* Después de esto, escribe uno de los

más inspirados biógrafos contemporáneos de Jesucristo, levantó sus manos al cielo, bendijo á sus discípulos y todavía bendiciéndolos, se elevó hacia lo alto, envuelto en blanca nube que á poco lo ocultó á sus ojos. El paraíso celeste, esperanza y constante suspiro de un gran pueblo, quedaba desde entonces abierto, fundado el reino de Dios sobre la tierra y asegurado sobre el mundo el triunfo de la Cruz. Él no nos abandonaba sino asegurándonos nuestra redención de la tiranía del error y nuestra salvación por medio de la verdad. La elocuencia cristiana tenía que dominar al mundo.

Ved, señores, conmigo en esta sublime sencillez con que el P. Didon reproduce un relato histórico, el origen celeste y la misión divinamente trascendental de la verdadera elocuencia, que á tan gran altura levantó y ha sostenido hasta nuestros días el sacerdocio católico. Los siglos anteriores, á pesar de todas las ventajas que á no dudarlo daban lenguas musicales y cinceladas en la diaria práctica de los negocios públicos, el concurso activo y entusiasta de los pueblos, su incontestable grandeza histórica y los vívidos resplandores que circunfían frentes tan erguidas en la ciencia como las de Platón y Aristóteles ó tan laureadas en la guerra como las de Alejandro y César, no habían conocido sino la faz menos brillante de la elocuencia, su lado humano y mezquino, aquellos pobres recursos con que, falta de las potentes alas del águila, apenas se levantaba á la altura del horizonte nacional, no se esforzaba en elevarse sino para descender rendida de asfixia y de fatiga, pidiendo en vano acentos inspirados, verdades sublimes y esperanzas consoladoras á una filosofía deficiente y engañosa, á una religión muerta en la conciencia humana y á un arte sensual y caído á la postre en el cieno de todos los vicios.

Como el espíritu necesitaba axiomas que pusiesen término á sus ardientes dudas sobre problemas tan palpitantes como el del origen y el destino del hombre; como la conciencia reclamaba preceptos que fundamentasen y aparejasen de segura é indefectible sanción el deber, y como el corazón anhelaba oásis de ventura para sus congojas, reposo para sus fatigas y dulces asideros en su angustiada desesperación, así el arte y muy principalmente el arte de la palabra, convencido ya de impotencia ante la tiranía de los Césares; mudo, tembloroso y hasta avergonzado lo mismo en el Areópago y en el Pórtico que en el Senado y en la tribuna de los Rostros, apenas exhalaba ya, al empezar á difundirse el Cristianismo, con su inagotable caudal de vida, de energía y de heroísmo, sino las quejas lastimeras de un Séneca, los períodos despectivos y amargos de un Tácito, los epigramas punzantes de un Marcial y la sarcástica carcajada de un Lucrecio. Era, señores, que la elocuencia, sin el viril aliento que sólo pueden darle la honda convicción y la esperanza cierta; sin el ideal que como arquetipo de belleza sólo se levanta en los asuntos en que para nada ó en muy secundaria parte se mezcla la miseria humana, porque sólo en ellos no respira, por explicarme así, nuestro entendimiento, esa atmósfera caliginosa de la materia, verdadero sepulcro del genio; desengañada de sus efímeras glorias; roto su débil cetro á las plantas de todos los tiranos á cuyos oídos más de una vez había regalado con la sonoridad y escultórica redondez de sus períodos, tenía que hacer plaza á la palabra segura, firme y severa de los apóstoles, al vigor incontrastable de la Apologética cristiana, á los acentos enérgicos y dulces á la vez de un Tertuliano, á la unción de un San

la parte en el cielo de todos los vicios

Ambrosio, á la poesía arrebatadora de un Crisóstomo, á la enseñanza teológica de un Orígenes y á la dialéctica invencible de un San Agustín.

Y así fué, señores, como sin duda lo habréis comprobado en vuestros estudios históricos y tendremos más de una vez ocasión de recordarlo en el desenvolvimiento de este curso que haremos juntos, pues él nos obligará á comparar frecuentemente las más elogiadas bellezas de la oratoria clásica con las incontables sublimidades de la predicación cristiana. Ya las más vigorosas inteligencias de la antigüedad lo habían conocido, comprendido y demostrado, en su íntimo convencimiento de que la verdadera belleza, alma del arte de la elocuencia, no se encontraba ni podía encontrarse en las solas cosas de la tierra. Así, desde que la filosofía griega empezó á tener en Sócrates una clara noción del alma humana, se esforzó en explicar lo bello. Este sabio, en las *Memorables* y en el *Banquete* de Xenofonte, enseña á sus discípulos, no sólo que los dioses son invisibles y que el hombre tiene una alma invisible también, sino que el alma es más bella que el cuerpo, que los dioses aman á las bellas almas y que los verdaderos artistas son aquellos que producen seres animados y con la facultad de pensar y de obrar. Al pintor Parrasio le dice que el objeto de su arte es representar lo que hay de más amable en el modelo, es decir, el carácter de su alma, y al estatuero Cliton le muestra que la escultura debe poner la amenaza en los ojos de los combatientes, la alegría en la mirada de los vencedores; servirse, en una palabra, de las formas para expresar las acciones del alma.

Platón, discípulo de Sócrates, no se detuvo, al buscar la fuente de la belleza, en la sola contem-

plación del alma humana. Su poderoso génio, que logró más de una vez cernerse en las ceruleas alturas de lo infinito ideal, no podía como su maestro, al fijar la noción filosófica del arte, contentarse con la imitación, aunque fidelísima de nuestra naturaleza moral, más allá de la cual sus telescópicas pupilas habían alcanzado á descubrir como nos lo dice en el Fedón: «esa belleza primera que por su presencia hace bellas las cosas que llamamos bellas, de cualquier manera que esta comunicación se verifique.» «Un discurso irreprochable, leemos en el FEDRO, un discurso claro, expresado en términos redondos y sábiamente acompasados, si es al mismo tiempo frío no merece el nombre de discurso bello, porque le falta el dardo de fuego: la inspiración. Ahora bien, esa inspiración fecunda tiene su hogar donde se enciende y ese hogar no es ni el deseo del goce sensual que degrada al ser que lo busca y al que lo da, ni el cálculo prudente, hábil y egoísta del interés personal que extingue todos los nobles sentimientos. Ese hogar es el amor. Pero ¿qué amor? El amor de Dios que es la verdad, la bondad, la justicia, la sabiduría y la belleza misma, y el amor de los hombres, como semejantes á Dios y para que aún se esfuerzen en serlo más.» No podían hacer más preciosa confesión los labios de un pagano sobre cuya alma privilegiada parece que visiblemente habían descendido los rayos del Empíreo, en reconocimiento y loor de que la grande y verdadera elocuencia es y sólo es aquella, que desciñéndose de las ataduras de la tierra, despojándose de la pesada herrumbre de esta vida que la habían obligado á caminar triste y vacilante cual viajero en medio de noche tempestuosa, sin otra luz ni guía que los fugaces relámpagos de

incompletas verdades, se siente capaz de levantar la vista á lo más alto, á esas cumbres eternas donde moran la verdad y la belleza, á ese foco de inextinguibles resplandores, faro siempre de pie que jamás han de opacar las sombras de aquí abajo, á esa ciudad, en fin, que el águila de Hipona mirará extasiado, cuando abiertos sus ojos sobre la fealdad de sus primeros errores, reconozca que ella existe, esa ciudad más bella que el Olimpo griego, fuente inagotable de bienes sobre el mundo, cuyo inmortal destino es acercársele más y más como á gratisimo descanso de todas sus fatigas, cual á inacabable reparador consuelo de todos sus infortunios.

El Sí, señores, la he nombrado ya reverentemente: la elocuencia cristiana, ejercitándose sobre verdades y esperanzas que el paganismo no pudo conocer, diviniza y ennoblece todo cuanto toca. Roma, heredera del Pórtico y del Liceo, había visto levantarse sucesivamente sus dos célebres Academias. En ellas agrupábanse todos los sabios; pero los humildes, los igno antes, el pueblo hambriento de bondad y de doctrina, quedábase á la puerta de aquellas escuelas; veía sin mirar; oía sin escuchar y de los cerebros que difundían el saber por el mundo, no brotaba ni un destello para el alma de la multitud. Pero sube una figura serena, majestuosa é incomparable, que yo como Leonardo de Vinci apenas me atrevo á bosquejar ante vosotros, temeroso de profanarla; sube, digo, sobre una montaña cerca de la ciudad de Cafarnau y allí, en medio de las anémonas silvestres, de los aromáticos asfodelos y de aquellos lirios cuya blanca veste había sido su admiración, pronuncia, lejos de los escribas, de los ricos, de los ancianos y de los jefes de la Sinagoga, el discurso más her-

moso que haya sonado en oídos humanos, más dulce para el corazón que la miel hiblea de los poetas áticos y más profundo por su sentido de nuestra vida que todos los tratados de derecho y de moral con que se engalana la ciencia de los hombres.

Desde entonces, señores, siempre que las pasiones se han encrespado en nuestra alma, tiñendo de rojizos y siniestros resplandores el horizonte de nuestras ideas; siempre que el orgullo se ha erguido en medio del mundo, desvaneciendo cerebros intoxicados por la avaricia ó por el despotismo y siempre que la sabiduría humana ha blasonado de sus sofismas y de sus victorias; para serenar las primeras, para acallar al segundo y confundir á la última, nada mejor ha podido inventar la elocuencia que ese *Sermón de la Montaña*, todo apacible luz é inagotable vida, todo ternura y consuelo, todo esperanza para los humildes y todo amargo castigo para los soberbios y los presuntuosos de la tierra.

He ahí, señores, cómo frases brevísimas, conceptos de la mayor sencillez; pero que expresan un amor que el mundo ni siquiera había vislumbrado y hacen alentar celestes esperanzas en nada parecidas á los sueños sensuales de la antigüedad, constituyen la pieza oratoria de más fondo y de más galana forma que hoy todavía podemos admirar, pues en esas *Bienaventuranzas* prometidas á la humanidad por el divino predicador no vemos como enseñanza para nuestros errores, la razón que extravía, ni como consuelo para nuestros sufrimientos la generosidad que engaña, sino ese mismo amor, ese amor inmenso del Hombre-Dios, que ya derrama lluvias de bendiciones sobre todos los dolores, asegura justicia á todas las

víctimas de la maldad y da alientos á los corazones desfallecidos, como instituye deberes para los grandes de la tierra, desilusiona á la opulencia engreída con sus tesoros, desarma á la venganza y apaga los odios, que la divina palabra, señores, sin desconocer las terrestres ansias de ventura, extiende á nuestra vista, como único término para su sosiego, el grande, el brillante y eterno panorama del Cielo.

Esa es la elocuencia cristiana, señores, bella por sí misma, por su fondo de diáfana claridad, que trasciende al exterior de la forma, la cual se eleva y se sublima por necesidad, al sentirse penetrada por los potentes rayos de las divinas ideas.

La palabra de Jesús es, sin duda, el más acabado modelo de la elocuencia sagrada; pero los siglos por venir, después del que la escuchó, verán imitaciones dignas de ese gran ejemplo, al difundirse por el mundo las enseñanzas del maestro incomparable, cumpliéndose así las promesas evangélicas. En la larga serie de predicadores y apolo-gistas desde los Padres Apostólicos, hasta nuestros días ¡cuánto, señores, tenemos que admirar, cuánto que esforzarnos en imitar, qué exposiciones tan relampagueantes en sublimes toques, qué valentía en la defensa del dogma, qué unción en la alabanza de las virtudes cristianas, qué energía en el combate, qué amor en el panegírico!

Os lo decía antes: la elocuencia cristiana se distingue principalmente por esa cualidad de lo sublime, verdadera centella de la Divinidad caída muy de tarde en tarde sobre la palabra humana. El mundo no empezó á habituarse, por explicarme así, á lo sublime, sino desde que oyó la oratoria de la Cátedra Sagrada esparcir sobre los pueblos la luz sin eclipses de las verdades evangélicas.

cas. ¿Cómo podría ser de otra manera, cuando lo propio del Cristianismo es levantar al hombre constantemente hacia Dios, como lo propio de las religiones antiguas es hacer bajar constantemente á Dios hasta el hombre? Allí, donde Pericles, gloria y admiración de su siglo, no mostraba sino pesares y lágrimas, sobre las tumbas, el orador cristiano hace descender de lo alto de los cielos raudales de eternas esperanzas. Ciceron no osaba prometer á los muertos y sólo á los ilustres, sino el recuerdo en la memoria de los vivos, y el más humilde de nuestros sacerdotes puede pronunciar sobre cualquier ataúd una palabra que simboliza todas las inmensas aspiraciones del alma: «inmortalidad.» Los antiguos agotaban el ingenio, sin conmover jamás el corazón, al hablar de la naturaleza de los dioses; pero ¿qué alma no se siente abismada al oír á Fenelon que dice: "Yo os había perdido de vista por poco tiempo, ¡oh tesoro mío! oh unidad infinita que sobrepasas á todas las multitudes! Yo os había perdido, lo cual era peor que perderme á mí mismo! Pero os vuelvo á encontrar con más evidencia que nunca. Una nube había cubierto mis débiles ojos por un momento; pero tus rayos, oh verdad eterna, han roto esa nube. No, nada puede llenar mi idea como tú, oh Unidad, que eres todo y delante de quien todos los números acumulados no serán nunca nada! Yo vuelvo á verte y me llenas plenamente. Todos los falsos infinitos, puestos en tu lugar, me dejaban vacío. Yo cantaré eternamente desde el fondo de mi corazón. ¿quién es semejante á tí?"

Así, pues, señores, este arte de la palabra que mi incompetencia ayudada solo por una decidida voluntad, viene á enseñaros, lo tenéis ya en gran parte adquirido por el particular y elevado carác-

ter de vuestros estudios. En ellos, en la contemplación asidua de esas verdades que esparcen belleza incomparable, luz celestial y cadenciosas armonías sobre todo lo demás, tenéis los mejores elementos para la elocuencia con que debéis llenar una de las más grandes obligaciones del Sacerdocio Católico. Sentir, amar y deleitaros con las divinas enseñanzas, he aquí lo que debéis hacer. Con esto, ya sea que dogmaticéis como Laccordaire y Monsabré; ya sea que refiráis los trastornos de los Estados y las causas profundas de las revoluciones como Bossuet; que vertáis lágrimas sobre una joven muerta en medio de las pompas del mundo como Massillon ó arenguéis al pueblo, excitándolo á la caridad en nombre de Jesucristo como el abate Bridaine; estad seguros de que, armados de todas las verdades de la Religión y de la Moral, agrandaréis la palabra humana, sobrepasaréis al orador antiguo, porque á su imaginación más audaz sustituiréis un entusiasmo más elevado, una fecundidad más original, una vocación más alta y sobre todo un amor más puro.
